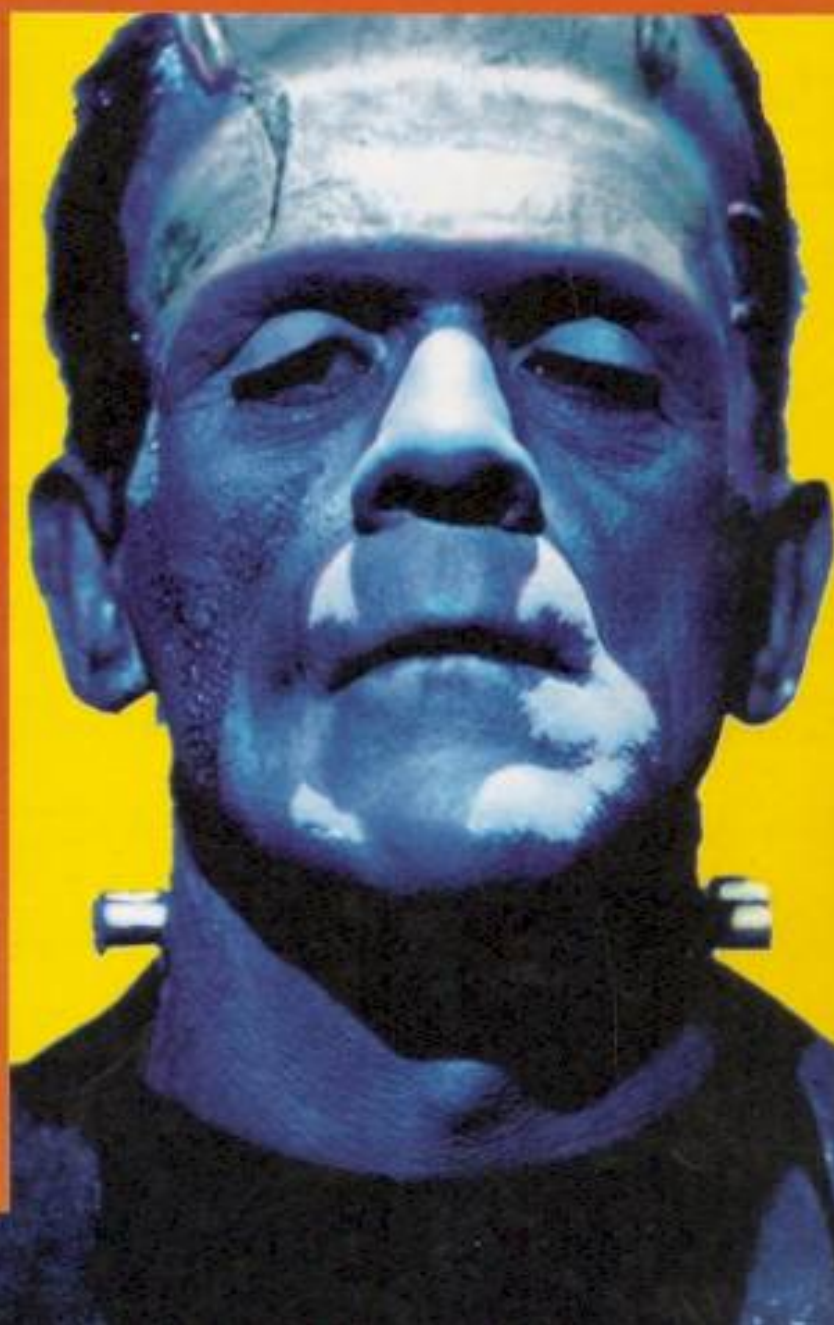


¡Socorro!

(12 cuentos para caerse de miedo)

Elsa Bornemann



INFANTIL



Desde una abuela malvada que odia a sus nietos hasta un niño-robot fabricado para explotar en su propio colegio, estos doce cuentos provocan el placer y el miedo que sólo Elsa Bornemann sabe inspirar con su literatura. Presentados y ordenados por el mismísimo Frankenstein, obligan a gritar «¡Socorro!» y, al mismo tiempo, a seguir leyéndolos sin pausa.

Prólogo

Celebro —con todos mis corazones (el literario y los cinematográficos)— la publicación de este nuevo libro de Elsa Bornemann.

Ella me había prometido escribirlo poco tiempo después de que nos conocimos, cuando era apenas una criatura más o menos así de alta y —como a casi todos los niños— le encantaban los cuentos de terror (aunque se cayera de miedo al leerlos o escucharlos...).

A pesar de su corta edad, al enterarse de la tremebunda historia de mi vida, E.B. me compadeció y comprendió que lo que yo necesitaba —desesperadamente— era ser amado. Me trató —entonces— del mismo modo que a su familia o a sus compañeros de escuela y yo respondí con profunda lealtad a sus sentimientos: jamás le hice el menor daño.

Un día —en el que me sentía monstruosamente triste— E.B. me prometió, para mimarme, un regalo hecho por ella, especialmente para mí. «Cuando usted cumpla 170 años y yo sea grande —me dijo— voy a escribir un libro de cuentos que le van a poner los pelos de punta, querido Frankie», y acarició una de mis repulsivas mejillas, a la par que me dedicaba la mejor de sus sonrisas.

Quererla a Elsa es fácil. Querermé a mí, no. Por eso, valoré tanto su amistad. Hasta que la conocí, no sabía lo que significaba tener un alma amiga. Toda la gente a la que in-

tentaba acercarme huía de mí —despavorida— debido a mi apariencia, ya que —según dicen— soy horrible y los seres humanos suelen fijarse en esos detalles para querer, o no, a otro, en vez de tomar en cuenta la fealdad o hermosura de los sentimientos.

Nadie podrá imaginarse mi sufrimiento: ¡es insoportable que a uno le adjudiquen —siempre— el papel del malo de la película!

Seguramente —a esta altura de mi relato— muchos de ustedes estarán pensando que E.B. era una nena horripilante, pesadillesca, y que por eso me aceptaba con tanta naturalidad.

Nada que ver. Todos la encontraban bonita, simpática y despertaba cariño y se lo decían, así como a mí me gritaban cosas irreproducibles y únicamente me ganaba el miedo y el odio de los demás.

Pero para qué recordar —ahora— momentos tristes, si también los he tenido muy felices. Como esos ratos que pasaba en compañía de mi amiguita —por ejemplo— y durante los que yo solía recitarle fragmentos de grandes poetas, que siempre me apasionó la poesía y a ella también.

Me escuchaba —entonces— tan extasiada y me contemplaba con tanto afecto que yo lograba olvidar que era Frankenstein.

Pero lo soy. Y tengo el orgullo de que E.B. me considere su monstruo favorito y que me haya elegido a mí para escribir este prólogo, entre tantos y tantos monstruos como le tocó conocer en su vida real.

Hacía mucho tiempo que no sabía nada de ella. Por eso, cuando recibí el sobre con los originales de estos cuentos y su pedido de que fuera yo quien escribiese la introducción, me alegré doblemente. E.B. había cumplido con su promesa y su libro me llegaba justo para los festejos de mis 170 primaveras (ya que nací en 1817). También, con el consejo

de que no lo leyera antes de dormir, recomendación que —ahora— repito para ustedes, porque lo cierto es que no le hice caso y anduve insomne y con los pelos de punta durante todas las noches que duró mi lectura de *¡Socorro!* (la experiencia fue más inquietante que mirarme en el espejo...).

En la carta que me envió adjunta al libro, E.B. me contó que tuvo que armarse de coraje para escribirlo. La pura verdad es que lo hizo muerta de susto, como si hubiera sido aquella nena del pasado la que los creaba, con el corazón encogido y el miedo serpenteándole debajo de la piel.

Al fin, reunió doce —uno para ser leído cada mes del año; uno por mes— porque opina que no es cuestión de exagerar en este asunto de codearse con lo terrorífico... (Y si ella lo dice... Por algo me tenía olvidado durante tanto tiempo, ¿no? Bah, lo que me importa es su confianza...).

Ah, también confió en mí para que le ordenara el material.

Bien. Verán que se me ocurrió dividir a *¡Socorro!*, en tres partes de cuatro textos cada una, ordenados del siguiente modo: tres cuentos breves más un cuento relativamente largo al final de cada parte, para que resulte un volumen equilibrado en su forma, lo más armónico posible... (justo lo contrario que yo, ¿eh?). Me he referido —someramente— a la estructura del libro, puesto que E.B. asegura que estos detalles de «la cocina literaria», suelen interesarle bastante a «sus» lectorcitos.

«Sus» lectorcitos... Les confieso que me puse un poco celoso al enterarme de que no sólo había escrito el libro para cumplir con la promesa que me había hecho sino —igual de «especialmente»— para responder —de una buena vez— al reclamo que le venían haciendo ellos desde hace varios años atrás, en el sentido de que escribiera «cuentos de miedo».

Aquí los tienen.

Afirmo que nunca había leído yo historias tan sobreco-
gedoras.

Son decididamente geniales y están escritas con maes-
tría, lo que demuestra —una vez más— el extraordinario ta-
lento de E.B., escritora argentina que asombra mundial-
mente.

Y que nadie ose decir que mis elogios son desmesura-
dos, no sólo porque E.B. merece éstos y muchos más, sino
porque siempre se supo que los prologuistas tienen como
función hablar maravillas de la obra que presentan y de su
autor y no voy a ser yo la excepción a la regla (bastantes
problemas me ha traído —ya— el ser excepcional, como
para que me invente uno nuevo...).

Deseo y auguro para *¡Socorro!* el más impresionante de
los éxitos en el mundo de la literatura para jovencitos.

Ya los dejo en la perturbadora compañía de sus relatos y
corro a esconderme debajo de la cama, canturreando
«Help»^[1] —una y otra vez— para espantar los temores (a
ustedes puedo revelarles mi nuevo secreto: ¡Me caigo de
miedo al recordar estos cuentos!).

Los saluda, muy monstruosamente,

FRANKENSTEIN

Año 1987

Dedicatoria «colectiva»

A Mariel,
«sobrinhija» compinche y asustada
lectora número uno de estos cuentos
de los que —sin embargo— se animó
a pasar a máquina el primer borrador
de sus originales manuscritos.
Con amor.

A algunos de mis miedos...

... y a Joy-Joy —mi loba en miniatura
— que con sus dos mil centímetros
cúbicos de rulos y ladridos, trata de
espantarlos...

Primera parte

Este libro empieza con páginas espantosas, porque comprende los siguientes cuentos:

La del once «jota»

Manos

Los Muyins

La casa viva

La del once «jota»

Cuesta creer que una abuela no ame a sus nietos, pero existió la viuda de R., mujer perversa, bruja siglo veinte que sólo se alegraba cuando hacía daño. La viuda de R. nunca había querido a ninguno de los tres hijos de su única hija. Y mucho menos los quiso cuando a los pobrecitos les tocó en desgracia ir a vivir con ella, después del accidente que los dejó huérfanos y sin ningún otro pariente en océanos a la redonda.

Durante los años que vivieron con ella, la viuda de R. trató a los chicos como si no lo hubieran sido. ¡Ah... si los había mortificado! Castigos y humillaciones a granel. Sobre todo, a Lilibeth —la más pequeña de los hermanos— acaso porque era tan dulce y bonita, idéntica a la mamá muerta, a quien la viuda de R. tampoco había querido —por supuesto— porque por algo era perversa, ¿no?

Luis y Leandro no lo habían pasado mejor con su abuela, pero —al menos— sus caritas los habían salvado de padecer una que otra crueldad: no se parecían a la de Lilibeth y —por lo tanto— a la vieja no se le habían transformado en odiados retratos de carne y hueso.

El caso fue que tanto sufrimiento soportaron los tres hermanos por culpa de la abuela que —no bien crecieron y pudieron trabajar— alquilaron un departamento chiquito y allí se fueron a vivir juntos.

Pasaron algunos años más.

Luis y Leandro se casaron y así fue como Lilibeth se quedó solita en aquel 11 «J», contrafrente, dos ambientes, teléfono, cocina y baño completos, más balconcito a pulmón de manzana.

Lili era vendedora en una tienda y —a partir del atardecer— estudiaba en una escuela nocturna.

Un viernes a la medianoche —no bien acababa de caer rendida en su cama— se despertó sobresaltada. Una pesadilla que no lograba recordar, acaso. Lo cierto fue que la muchacha empezó a sentir que algo le aspiraba las fuerzas, el aire, la vida.

Esa sensación le duró alrededor de cinco minutos inabables.

Cuando concluyó, Lilibeth oyó —fugazmente— la voz de la abuela. Y la voz aullaba desde lejos.

—Liiilibeeeth... Pronto nos veremos... Liiibeeth... Lili-ii... Liiii... Ag.

La jovencita encendió el velador, la radio y abandonó el lecho. Indudablemente, una ducha tibia y un tazón de leche iban a hacerle muy bien, después de esos momentos de angustia.

Y así fue.

Pero —a la mañana siguiente— lo que ella había supuesto una pesadilla más comenzó a prolongarse, aunque ni la misma Lili pudiera sospecharlo todavía. Las voces de Luis y Leandro —a través del teléfono— le anunciaron:

—Esta madrugada falleció la abuela... nos avisó el encargado del edificio. Sí... te entendemos... Nosotros tampoco, Lili... pero... claro... alguien tiene que hacerse cargo de... Quedate tranquila, nena... Después te vamos a ver... Sí... Bien... Besos, querida.

Luis y Leandro visitaron el 11 «J» la noche del domingo. Lilibeth los aguardaba ansiosa.

Si bien ninguno de los tres podía sentir dolor por la muerte de la malvada abuela, una emoción rara —mezcla

de pena e inquietud a la par— unía a los hermanos con la misma potencia del amor que se profesaban.

—Si estás de acuerdo, nena, Leandro y yo nos vamos a ocupar de vender los muebles y las demás cosas, ¿eh? Ah, pensamos que no te vendrían mal algunos artefactos. Esta semana te los vamos a traer. La abuela se había comprado TV color, licuadora, heladera, lustradora y lavarropas ultra modernos, ¿qué te parece? —Lilibeth los escuchaba como atontada. Y como atontada recibió, el sábado siguiente, los cinco aparatos domésticos que habían pertenecido a la viuda de R., que en paz descanse. Su herencia visible y tangible. (La *otra*, Lili acababa de recibirla también, aunque... ¿cómo podía darse cuenta?... ¿Quién hubiera sido capaz de darse cuenta?).

Más de dos meses transcurrieron en los almanaques hasta que la jovencita se decidió a usar esos artefactos que se promocionaban en múltiples propagandas, tan novedosos y sofisticados eran. Un día, superó la desagradable impresión que le causaban al recordarle a la desamorada abuela y —finalmente— empezó con la licuadora. Aquella mañana de domingo, tanto Lilibeth como su gato se hartaron de bananas con leche.

A partir de entonces comenzó a usar —también— la lustradora... enchufó la lujosa heladera con *freezer*... hizo instalar el televisor con control remoto y puso en marcha el enorme lavarropas. Este aparato era verdaderamente enorme: la chica tuvo que acumular varios kilos de ropa sucia para poder utilizarlo. ¿Para qué habría comprado la abuela semejante armatoste, solitaria como habitaba su casa?

A lo largo de algunos días, Lilibeth se fue acostumbrando a manejar todos los electrodomésticos heredados, tal como si hubieran sido suyos desde siempre. El que más le atraía era el televisor color, claro. Apenas regresaba al departamento —después de su jornada de trabajo y estudio— lo encendía y miraba programas de trasnoche. Habitual-

mente, se quedaba dormida sin ver los finales. Era entonces el molesto zumbido de las horas sin transmisión el que hacía las veces de despertador a destiempo. En más de una ocasión, Lili se despertaba antes del amanecer a causa del «schschsch» que emitía el televisor, encendido al divino botón.

Una de esas veces —cerca de la madrugada de un sábado como otros— la jovencita tanteó el cubrecama, medio dormida, tratando de ubicar la cajita del control remoto que le permitía apagar la televisión sin tener que levantarse.

Al no encontrarlo, se despabiló a medias. La luz platino-sa que proyectaba el aparato más su chirriante sonido terminaron por despertarla totalmente. Entonces la vio y un estremecimiento le recorrió el cuerpo: la imagen del rostro de la abuela le sonreía —sin sus dientes— desde la pantalla. Aparecía y desaparecía en una serie de flashes que se apagaron —de pronto— tal como el televisor, sin que Lilibeth hubiera —siquiera— rozado el control remoto. A partir de aquel sábado, el espanto se instaló en el 11 «J» como un huésped favorito.

La pobre chica no se animaba a contarle a nadie lo que le estaba ocurriendo.

—¿Me estaré volviendo loca? —se preguntaba, aterrorizada. Le costaba convencerse de que todos y cada uno de los sucesos que le tocaba padecer estaban formando parte de su realidad cotidiana.

Para aliviar un poquito su callado pánico, Lilibeth decidió anotar en un cuaderno esos hechos que solamente ella conocía, tal como se habían desarrollado desde un principio.

Y anotó, entonces, entre muchas otras cosas, que...

«La lustradora no me obedece; es inútil que intente guiarla sobre los pisos en la dirección que deseo... [...] El aparato pone en acción "sus propios planes", moviéndose

hacia donde se le antoja... [...] Antes de ayer, la licuadora se puso en marcha "por su cuenta", mientras que yo colocaba en el vaso unos trozos de zanahoria. Resultado: dos dedos heridos. [...] La heladera me depara horrendas sorpresas. [...] Encuentro largos pelos canosos enrollados en los alimentos, aunque lo peor fue abrir el freezer y hallar una dentadura postiza. La arrojé por el incinerador... [...] La desdentada imagen de la abuela continúa apareciendo y desapareciendo —de pronto— en la pantalla del televisor durante las funciones de trasnoche... [...] Mi gato Zambri parece percibir todo [...] se desplaza por el departamento casi siempre erizado. [...] Fija su mirada redondita aquí y allá, como si lograra ver algo que yo no. [...] El único artefacto que funciona normalmente es el lavarropas... [...] Voy a deshacerme de todos los demás malditos aparatos, a venderlos, a regalarlos mañana mismo... [...] Durante esta siesta dominguera, mientras me dispongo a lavar una montaña de ropa...».

(AQUÍ CONCLUYEN LAS ANOTACIONES DE LILIBETH. ABRUPTAMENTE, Y UN TRAZO DE BOLÍGRAFO AZUL SALE COMO UNA SERPENTINA DESDE EL FINAL DE ESA «A» HASTA LLEGAR AL EXTREMO INFERIOR DE LA HOJA).

Tras un día y medio sin noticias de Lili, los hermanos se preocuparon mucho y se dirigieron a su departamento.

Era el mediodía del martes siguiente a esa «siesta dominguera».

Apenas arribados, Luis y Leandro se sobresaltaron: algunas vecinas cuchicheaban en el corredor general, otra golpeaba a la puerta del 11 «J», mientras que el portero pasaba el trapo de piso una y otra vez.

—No sabemos qué está pasando adentro. La señorita no atiende el teléfono, no responde al timbre ni a los gritos de llamado... Desde ayer que...

Agua jabonosa seguía fluyendo por debajo de la puerta hacia el corredor general, como un río casero.

Dieron parte a la policía. Forzaron la puerta, que estaba bien cerrada desde adentro y con su correspondiente traba. Luis y Leandro llamaron a Lili con desesperación. La buscaron con desesperación. Y —con desesperación— comprobaron que la muchacha no estaba allí.

El televisor en funcionamiento —pero extrañamente sin transmisión a pesar de la hora— enervaba con su zumbido.

En la cocina, «la montaña» de ropa sucia junto al lavapropas, en marcha y con la tapa levantada.

Medio enroscado a la paleta del tambor giratorio y medio colgando hacia afuera, un camisón de Lilibeth; única prenda que encontraron allí, además de una pantufla casi deshecha en el fondo del tambor.

El agua jabonosa seguía derramándose y empapando los pisos.

Más tarde, Luis ubicó a Zambri, detrás de un cajón de soda y semioculto por una pila de diarios viejos. El animal estaba como petrificado y con la mirada fija en un invisible punto de horror del que nadie logró despegarlo todavía. (Se lo llevó Leandro).

El gato, único testigo.

Pero los gatos no hablan. Y a la policía, las anotaciones del cuaderno de Lilibeth le parecieron las memorias de una loca que «vaya a saberse cómo se las ingenió para desaparecer sin dejar rastros»... «Una loca suelta más»... «La loca del 11 Jota»... como la apodaron sus vecinos, cuando la revista para la que yo trabajo me envió a hacer esta nota.

Manos

Montones de veces —y a mi pedido— mi inolvidable tío Tomás me contó esta historia «de miedo» cuando yo era chica y lo acompañaba a pescar ciertas noches de verano.

Me aseguraba que había sucedido en un pueblo de la provincia de Buenos Aires. En Pergamino o Junín o Santa Lucía... No recuerdo con exactitud este dato ni la fecha cuando ocurrió tal acontecimiento y —lamentablemente— hace años que él ya no está para aclararme las dudas. Lo que sí recuerdo es que —de entre todos los que el tío solía narrarme mientras sostenía la caña sobre el río y yo me echaba a su lado, cara a las estrellas— este relato era uno de mis preferidos.

—¡Te pone los pelos de punta y, sin embargo, encantada de escucharlo! ¿Quién entiende a esta sobrina? —me decía el tío—. Ah, pero después no quiero quejas de tu mamá, ¿eh? Te lo cuento otra vez a cambio de tu promesa...

Y entonces yo volvía a prometerle que guardaría el secreto, que mi madre no iba a enterarse de que él había vuelto a narrármelo, que iba a aguantarme sin llamarla si no podía dormir más tarde cuando —de regreso a casa— me fuera a la cama y a la soledad de mi cuarto.

Siempre cumplí con mis promesas. Por eso, esta historia de manos —como tantas otras que, sospecho, eran inventadas por el tío o recordadas desde su propia infancia— me fue contada una y otra vez.